

PRÓLOGO

En este libro –acaso demasiado extenso– se da cauce a la interpretación de lo que a muy largo plazo fue derrota material de las «Armas de España» y, con ello, el final del proyecto político-religioso que alimentaba su desempeño en el Antiguo Régimen. Una derrota que se produjo en los campos de batalla de Europa con bastante antelación a lo que finalmente sería la debacle total sufrida por el antiguo imperio universal en América, su privilegiada dimensión atlántica. Una derrota que bien podríamos suponer inducida, preformada en los discursos; acaso, incluso, forzada por ellos, dado que –temerariamente– aquellos se alejaron cuanto pudieron por entonces en el ámbito hispano de cualquier notación empírica, realista, que hubiera servido para corregir los derroteros fatales, los empeños en último extremo abocados a su fracaso. Un fiasco final cuyas claves quizá se encuentren en los propios discursos plásticos, textuales, en que se vio por aquel entonces envuelta la guerra o guerras; la más trascendente de ellas: la mantenida en las tierras de Flandes. De ahí la insistencia particular en este libro –que habla de una audazmente calificada como «guerra barroca»–, en lo que fueron las representaciones que tuvieron al Septentrión por escenario.

Y, sin embargo, tal relato de «declinación» o *resilience* (de resistencia, más que de «decadencia») no está concebido al uso de cómo los historiadores suelen abordar estas grandes cuestiones.

De hecho, la cronología, el tiempo del relato, no sigue en ningún caso las secuencias establecidas, sino que las trastoca, las hace reversibles, suprimiendo la idea de una causalidad férrea, desembocando la materia en un deslizamiento a través de una verdadera «cinta de Moebius» epocal. Ello querría implicar un efecto de *retombée*, que ya Severo Sarduy mostró como procedimiento barroco cumbre. Y es que en modo alguno se trata de realizar la descripción densa de una «historia material» (tal vez solo se trata

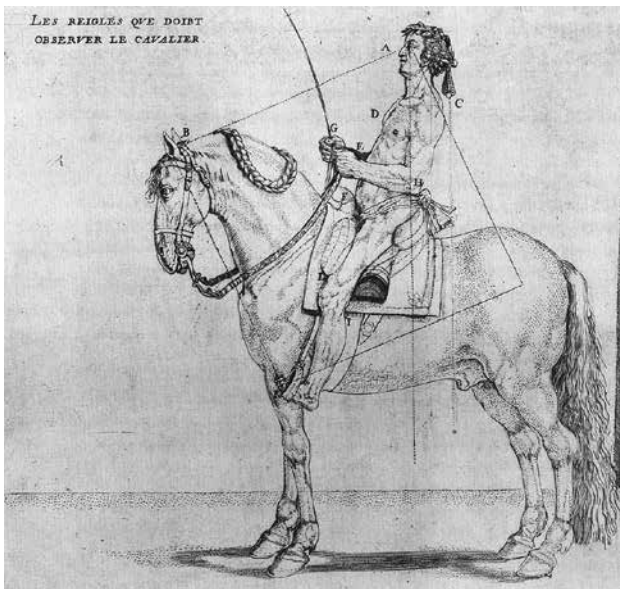
de construir una historia simbólica: una historia *ideal*; eso antes que una material). Pues, dejando

en un segundo lugar los hechos, la interrogación y la búsqueda de un sentido (y de poder mantener una lectura plausible, compleja sobre los mismos), se desplaza de manera constante en el discurso hacia las representaciones simbólicas que de los mismos acontecimientos del pasado se hicieron (y, en buena

medida, todavía se hacen). Dar razón de lo que fueron las grandes figuraciones –de los procesos metafóricos– que obsedieron los espíritus de entonces; incluso hacerlo de su *sinrazón*: ese es el objetivo del ensayo histórico que presento. La historia positiva, el respeto por ella en tanto que la considero un *medium*, una mediación, ha conducido sin embargo mi texto, y a ella me atengo con el rigor de un espíritu que se cree libre de academicismos, pero que en el fondo les tributa algún respeto, pues ha sido conformado por ellos.

El sol de Flandes, con su despliegue de argumentos sobre el alcance que en el «alma española», en lo profundo del inconsciente nacional, tuvo la constante retracción de energías imperiales y la perceptible *declinación* de su, en otra hora (la primera mitad del XVI), poderoso complejo militar, no es un libro sobre los desastres materiales sufridos por un dominio tan globalizado que, en un pronto remoto tiempo histórico, verdaderamente sobre él «no se ponía el sol». Tal libro sí es, en cambio, un texto sobre la desautorización por los hechos que recibieron las interpretaciones que aquello suscitó en el interior de la cultura de la Monarquía Católica. Interpretaciones que se mantuvieron con todo muy firmes ante el vendaval de la historia, y que muestran a las claras aquella obstinación española de la que vanamente hacía gala un historiador como Pellicer y Tovar cuando titulaba su obra, todavía en 1650: *Alma de la gloria de España; eternidad, magestad, felicidad y esperanza suya...*

La pregunta que previamente me he formulado, es sobre el por qué no se ha podido nunca construir sobre la peripecia expansionista de aquella Monarquía, y luego sobre los momentos de una melancólica y sobresaltada retracción, un relato –una verdadera «novela de España»– que, aun contradiciendo los hechos, resultara al final mitificado y en alguna medida aceptado. ¿Por qué, al menos, tal simbólica no se salvó del desastre de su descrédito en atención a sus representaciones, cuando sabemos de la misma que se empleó con un despliegue de imágenes potentes nunca antes ni después visto? Y, sin embargo, se insiste siempre en aquel momento verdaderamente crepuscular para desde él emprender la deconstrucción del empeño en su totalidad, impidiendo entonces y negando los propios fundamentos que pueden en verdad calificarse de *heroicos*. Estos, en su despliegue ambicioso, contribuyeron a asentar una idea de «nación trágica» que, al final, cumple su papel de víctima en la historia. Mas ni siquiera de este modo



ha podido filtrarse a nuestra actualidad un discurso plausible acerca de sus fundamentos. Lo cual deja a aquella Monarquía Católica y a su empeño aislada en el tiempo, carente de un relato de acogida. Pues, en efecto, para todo un largo período que se extiende hasta hoy mismo, ha resultado ser valedera (y útil a los efectos nacionalistas) la observación realizada por Shelling en pleno romanticismo: «Cada pueblo existe como tal solo desde el momento que ha decidido y fijado su mitología».

Aunque se intentó denodadamente, lo cierto es que, para el caso español, no se hizo verdad el aserto de Gutenberg según el cual: «La imprenta es un ejército de soldados de plomo con el que se puede conquistar el mundo». Finalmente, ese relato confiado a los espiritados textos de teopolítica; gestionado también en los teatros y en las obras de ficción, así como en los espectáculos de todo orden, concebidos por ingenios que casi en su totalidad fueron reclutados al servicio de la «empresa», no resultó lo suficientemente creíble para imponerse por sí mismo y, en consecuencia, fue arrastrado en su caída por la propia decadencia material de la Monarquía. En cuanto a los rebeldes que pudiera haber habido hacia tan peculiar lectura de mundo, que hoy tan desesperadamente son buscados por los historiadores críticos, aquellos habrían desaparecido ya con las primeras tormentas inquisitoriales, y con el desempeño de una política obstinada en luchar contra los molinos de viento del progreso material desembarazado de antiguas cargas doctrinales. Pues lo cierto es que en aquel «solar de la raza» se practicó hasta últimas consecuencias una «religión de resistencia», llevada a cabo por una comunidad política que, más que eso, en su mayoría era una *communio*, un cuerpo espiritual, un pueblo pneumático («pueblo teólogo», le llamó Calderón), reunido bajo una misma afirmación sin fisura de sus valores.

Sucede que respecto a aquel concreto período español, que en este libro reviso, no existe posibilidad alguna de salvar su «mito» (imperial) constituyente, el cual se ha hundido en el inconsciente colectivo sin dejar apenas señales de su hondura, de su específica profundidad. De la misma manera que también lo ha hecho el sentido de aquellas realidades sobre las que se había construido, y ya nadie quiere recordar (a excepción, claro, de los historiadores). Lo dice un «príncipe» de los hispanistas, sir John Elliot, quien concluye su magna biografía sobre el Conde-Duque de Olivares (figura en que se sustantiva la complejidad del momento barroco, que es también, de alguna manera, el «momento» Olivares), observando que los años de gobierno del valido, de un potente claroscuro (y hasta de una ilegibilidad final, dada su propia complejidad), serían borrados en la medida de lo posible de la memoria colectiva de España. Y eso aun cuando, casi en nuestro tiempo, el propio Salvador Dalí ha realizado una alegoría oscura de esta verdadera «sombra» del príncipe (en este caso de Felipe IV), que además quiero volver a utilizar (lo había hecho ya en otro libro mío dedicado al período barroco: *Imago*) como exergo de esta obra dedicada a la guerra expansiva.

Entonces: ¿por qué, precisamente, aquella es la historia en la que no cabe ya a estas alturas ninguna otra interpretación que la del fiasco total, dado en ella la «invasión terrible e importuna de contrarios sucesos», que cantara el autor de la *Epístola moral a Fabio*, y nunca la extraordinaria (aunque también «alocada», irrealista) potencia que alcanzaron las representaciones de la misma? ¿Por qué no se cuenta, ni constituye materia épica la pérdida generalizada de todo aquello que con tanto denuedo se quiso un día poseer y luego retener? ¿Es que, realmente, como quería Cervantes, tan «cara eres de haber, ¡oh dulce España!»? ¿Tan difícil es encontrar (y valorar) el verdadero envés, el mantenimiento intempestivo de una lectura del mundo que fue, más que otra cosa, esencialmente *mitopoética*? La idea misma de respeto hacia el pasado depende de las luchas ejemplares que en él se sostuvieron. Es la complejidad misma de lo ocurrido, su más que difícil comprensión, entendimiento y, sobre todo, admisión, lo que imposibilita un relato o relatos simplificadores. Lo cierto es que hoy, ahora, se ha deteriorado en mayor medida si cabe, la conciencia de que el marco histórico pudiera producir legitimidad para todo el Estado, que, entre tanto, se prepara para fragmentarse.

Aquel «loco imperio de España» parece no merecer hoy sino que se le juzgue desde lo que es considerado como «políticamente correcto» en la nueva ciudad democrática. Lo que fuera su última emergencia y retorno en la historia ha quedado además fatalmente vinculado al franquismo, de lo que puede deducir-

se que la modernidad hispana, en buena medida, ha consistido desde la Ilustración en «desbarroquizar España». Pero ni siquiera el franquismo, que tanto ensalzó retóricamente este período de la historia de España, pudo hacer algo por su pérdida material debida a la destrucción patrimonial masiva sufrida. Sí. El Salón de Reinos, en el Buen Retiro madrileño, donde se proyectaron los valores ideales que articularon y legitimaron el principio de la violencia imperial, yace hoy mudo y desnudo: su programa conceptual ha sido fragmentado y, cuando no, perdido y finalmente disuelto en el aire de esta nueva modernidad. Ya no puede operar alcance reunificador alguno; deconstruido y despotenciado como en efecto se encuentra. Acaso solo puede ser por un instante reunido en el imaginario de sus estudiosos, en buena medida hispanistas (Elliott, Brown...)

El relato de la decadencia –y hasta de una extenuación, larga, ignominiosa– de una u otra manera se ha terminado por imponer. El impulso metafísico que pareció por un momento hacer vibrar las lanzas españolas por el mundo –aquellos «versos de acero», como las definió Marquina en su *Oro del alma*– ha sido finalmente reducido y aparentemente desenmascarado como cobertura de una cruel (cuanto ineficaz) *ragionne di Stato*. Los «declinólogos» de guardia han dictado una sentencia que se diría inamovible. Apenas se ha mostrado, en la actualidad, respeto por aquella final interpretación mesiánica que se apoderó de los relatos hispanos, y que deseó con fuerza una irrupción catastrófica que, suspendiendo el devenir, modificara sustancialmente la flecha del tiempo y viniera a dar por concluido el deambular de la humanidad por la historia y, en particular, de su más penitente y sufrido pueblo: el español.

Resultará casi imposible contar la historia de una manera diferente a cómo lo hiciera Cánovas del Castillo en su *Historia de la decadencia de España*. Los hechos arrastran a sus representaciones, hacen cuerpo con ellas. El *maelstrom* se traga los barcos de la Invenible, además de las justificaciones que tuvo su envío: el «viento de Dios» no ayudó en aquella ocasión. Y, sin embargo, más que de decadencia se trata de «resistencia» (historia, pues, de una resistencia), como el historiador británico Storrs ha puesto en evidencia. El término de resistencia (*resilience*) contra toda razón todavía me parece más adecuado que aquel otro de «decadencia», en relación a lo que en realidad supuso el proceso histórico para una nación que, como leemos en *El Quijote*, fue: «más desdichada que prudente». Al final, lo cierto es que se hizo realidad para el caso español aquello que apuntaba Clarín, en otro momento crítico de la historia nacional: «la fuerza que viene del Septentrión nos va a aplastar». Ha terminado de hacerlo, efectivamente, cuando ha acabado con lo que fueron sus legitimaciones. Es debido a



ello que la propia peripecia y, lo que es más, la construcción de signo mitopoético, la «fuerza imaginal» que acompañó el desenvolvimiento de las Armas del Imperio mientras aquel fue tal, hoy parece no merecer sino conmiseración por sus evidentes dislates y por su final desvío respecto a la realidad de los hechos. No hay epopeya alguna en la que fundarse, porque las luchas del pasado han sido dictaminadas en cuanto no-ejemplares. Aquel marco histórico, según sus críticos de hoy, no produce legitimidad en los relatos recibidos; en realidad: los desautoriza. Además, la incidencia que haya podido alcanzar en una historia de la emancipación, ha sido minuciosamente reinterpretada por los enemigos de su cosmovisión, por lo cual ha resultado suspendida de razones de progreso y encontrada fatalmente antifuncional: enteramente vuelta de espaldas a la flecha del tiempo.

La Casa de Austria y el destino todo de la nación se miraron a través del paradigma de lo reaccionario, de lo antimoderno, representado por el Imperio Austro-Húngaro. Imperio este último cuya caída, en 1918, significó para Europa el comienzo del mundo moderno. La realidad es que la historia del pensamiento español, y la construcción de vida inherente a él, ha sido entendida bajo la norma valorativa de raíz protestante. La tradición europea, ligada a los movimientos de la Reforma, ha visto siempre con horror la actuación española, especialmente en América, y

la intolerancia de su adhesión a la Contrarreforma; eso mismo ha terminado por constituir un aspecto importante de la propia democracia europea y su proyecto.

El relato tan ingeniosamente tejido por los teopoe-
tas de la rama habsbúrgico-ibérica, y con él los mis-
mos hechos, finalmente han sido olvidados en la
propia tierra que los impulsó. Hoy, como dijo en su
día Eduardo Marquina, los tercios tienen en Flandes
«sepulcros de frío olvido». Eso mismo lo constata el
autor del prólogo al libro que Verhaeren escribe, *La
España negra*, después de su viaje con Darío de Re-
goyos en 1888: «El nombre de *español* parece haber
desaparecido de los Países Bajos, tan altos y tan flore-
cientes hoy».

El impulso bizarro que animó la «máquina» de tal
excesiva «república de viento», aquel «loco imperio
de España» (Lope de Vega), no consigue adhesiones
hoy en día; y sí, en cambio, es merecedor de alguna
burla malintencionada; incluso de alguna corrección
historiográfica como la que dictó Ortega y Gasset en
sus «meditaciones» sobre Velázquez:

La verdad es que España, aun esquilada, aunque sin
grandes generales, aunque apretada de tantos enemigos,
hubiera podido no ser vencida en este siglo si hubiese
habido un poco de pensamiento pragmático, capaz de
ver los hechos, analizarlos y adoptar en vista de ello re-
soluciones algo congruentes...

La constatación del fiasco llega de todas partes con
pocos paliativos, tanto si proceden de los estudios de
los historiadores de las ciencias «duras» (como lo
son la estadística o la economía de mercados finan-
cieros, que ofrecen retratos dantescos de lo que fue la
gran «confusión de confusiones» –para hablar con
un texto de época: el de Penso de la Vega–, en que
se sumió el imperio pluricontinental), como, incluso,
en las síntesis que de tal aventura extremada llevan a
cabo los propios poetas actuales –Gil de Biedma, por
ejemplo–, quienes se desentienden así de una historia
colocada definitivamente bajo el signo de lo inútil y
de lo trágico:

De todas las historias de la historia, sin duda la
más triste es la de España, porque termina mal.

Pero aunque todo ello haya sido en la realidad así
cumplido, queda todavía por analizar más detenida-
mente los constructos teóricos –y, entre estos, más los
de índole mitopoética–, que trataron de asentar un
sentido para la empresa; acaso, también, un *sinsentido*
de la misma. O como reflexionaba Juan Gil Albert en
su *España: empeño de una ficción*: se trata de un mun-
do conceptual que ha caducado por falta de verdad
objetiva. Lo que ha fracasado históricamente es la ca-

pacidad
de funda-
mentar lo que
bien pudiera de-
nominarse «la Glo-
ria de España»; esto
último dicho en los sospe-
chosos términos de Ernesto
Giménez Caballero. Ha naufraga-
do definitivamente la intención
de construir el mito del «genio de
España», y ha fracasado, más modesta-
mente expresado, un «relato» estabilizado
de lo que ha sido la empresa bélico-imperialista
hispana. Esta última formulación nunca antes tan
desbaratada e inviable de ser considerada como en el
momento de llegar a la primera mitad de la segunda
década del siglo XXI. En estas condiciones no puede
extrañar que se intente hoy –como acta de disolución
final de aquel «espectro» de un imperio–, el «des-
barroquizar España» (como pretende, por ejemplo,
cierta historiografía catalana actual): lo que equivale
a eliminar del inconsciente colectivo todo lo que se
refiere a aquella larga y empecinada estructuración
equivocada de la realidad, y mala lectura de los he-
chos materiales de la historia.

Concedamos en cambio atención aquí a la potencia
que alcanzó la lectura de mundo que constituyó
la esfera española; un modo específicamente hispano
de entender la empresa de dar significado coherente
y duradero al hecho del mundo. Pues la pregunta
es o sigue siendo: ¿Por qué ha venido a fracasar tan
estrepitosamente aquel relato mirífico y providencia-
lista, y ya en último término *mesiánico*? ¿Por qué se
hace tan precisa su deconstrucción crítica? ¿A qué es
debido que se le ataque con tanta saña, con tanta ba-
tería de argumentos negativos? Y ello a pesar de los
ingentes recursos intelectuales que en su vertebración
aquel tiempo dispuso, con sus legiones de poetas, de
dramaturgos y de novelistas y grandes teóricos, que
tejieron un auténtico «velo de Popea» sobre las rea-
lidades de entonces, ayudados, como lo estaban, por
la potente institución del mecenazgo. La combina-
ción de arte y decadencia, no ha conocido otro ejem-
plo más contundente que aquel que en la Monarquía
Hispanica y en sus reinos asociados se realiza; y ello
sucede no solo determinado –siempre al decir de los
historiadores como Elliott (quien piensa que es peli-
groso conjugar situaciones económico-sociales deca-
dentes con las creaciones culturales en alza)–, por la
huida hacia mundos irreales no contaminados por el
fracaso práctico, o en razón de una peculiar perspicacia
que se habría apoderado de los ingenios hispanos
para ver más allá del brillo aparente, sacrificando a
la estética del desengaño y la desvelación sus grandes
obras. Sino que la causa interna de todo ello, ha de

ser encontrada en el propio éxtasis de la representación, que va más allá de sus fines, que entra incluso en el delirio y laberinto combinatorio y retórico, y que, conducida por el ingenio, conspira en agotar los sentidos del mundo, explorando todas sus perspectivas de intelección posibles. Pues fue lo propio del país la formación de unas élites que mostraron una altísima capacidad ocupada en representar en lo imaginario, y ello muy por encima de aquellas otras fuerzas individuales e institucionales que pretendieron emplearse en exclusiva en lo racional-empírico. De este modo se pudo llegar al quiasmo acuñado por Lope de Vega, respecto a que por entonces se vieron «llorar las armas» [pero] «cantar las musas». Habremos de considerar el que es verdad aquello que escribiera Ilía Ehrenburg, en su *España, república de trabajadores*, acerca de:

¿Cómo pudo este país gobernar durante varios siglos una cuarta parte de la tierra, llenando a Europa y América con la furia de sus conquistadores y las alucinaciones sombrías de sus fanáticos?

En un giro dado a la cuestión, también es objeto de una particular inquisición el hecho de que se haya podido imponer el relato de quienes sin duda fueron en aquel momento los vencedores del Norte; tan uniformemente extendido y aceptado, este sí, sin mayores reparos críticos. El tribunal de la Sangre, el exterminio de los indios, la Inquisición, la brutalidad y falta de disciplina de las «Armas de España»..., en definitiva, aquello que gravita en particular sobre el espacio de la violencia española, ha terminado por absorber sobre sí toda la malignidad que destila una época en que este principio resultaba institucionalizado en todas partes. Lo cual ha concluido por bloquear la abertura hacia la comprensión de las fuerzas enérgicas que se necesitaron entonces para imponer acciones que fueron realmente extraordinarias. Mientras, en paralelo, se dejaba pasar desapercibido el modo en que en otras latitudes y en otros sistemas se impusieron en la práctica, también por la violencia, aunque esta vez sin apenas acompañamiento de proyección ideológica de alcance. Así, los «teatros de la crueldad» de los hereáticos de aquel tiempo, al estilo del que muestra un Rowlands, no pudieron competir en interés ni en lec-



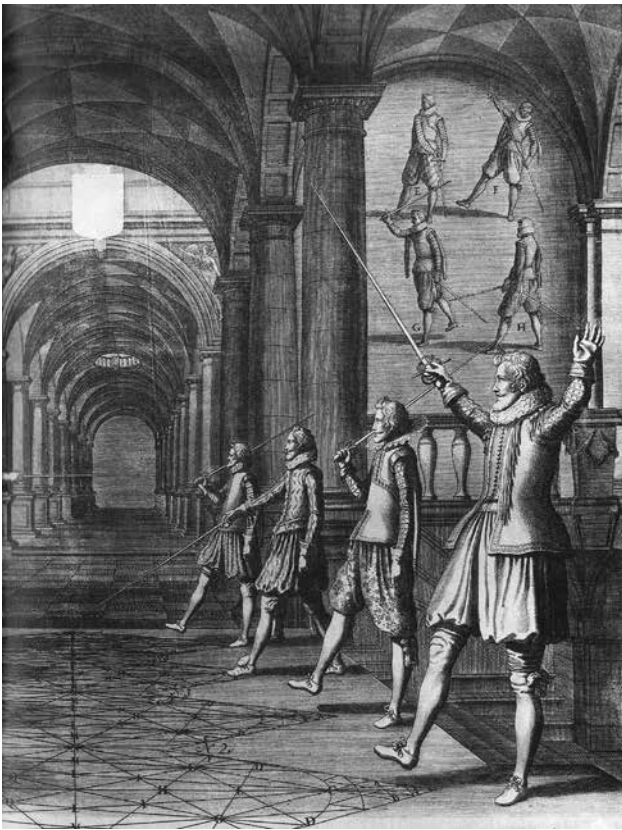
turas con los que en su día suscitaron las ediciones de la obra antiespañola de *Las Casas*, de Antonio Pérez o de los teóricos italianos enemigos acérrimos de la Monarquía Católica. Todos ellos instrumentados por las poderosas «prensas del Norte», de las que la dinastía editora de los Bry resulta ser la más conocida de entre todas las publicistas anti-habsbúrgicas. Constaría el que de nada valieron (ni valen) apologías como la de Jaime de Ruesta, –*Contra la vana opinión que el vulgo tiene de la nación española....*–. Si entre «filósofos exteriores», historiadores y politólogos alguien defendió a la Monarquía y su proyecto, enseguida hubo de arrepentirse y, como Tomasso Campanella, cambiar radicalmente su filohispanismo en fobia y desprecio.

En definitiva, quizá este libro ayude a comprender a qué obedeció la incapacidad de España para construir su propia «leyenda del Imperio», y ha acabado siendo juzgada por la universalmente conocida «Leyenda Negra».

Faltó en su momento, parece lo cierto, una historia de España; la crudeza con que la misma se manifestaba en el devenir temporal provocó el que, en un caso único de autocensura, el país no pudiera alcanzar un relato estabilizado acerca de lo que fue su tormentosa construcción y los subsiguientes avatares. Las fuerzas entonces disponibles se desviaron hacia el teatro, se confiaron a los teopoetas, a los pintores, a los arbitristas (o *arbitristes*). El escándalo que produjo la distancia entre los *verba* y los *facta*, y la tensión inherente a su relación, provocó entonces esa restitución de la «verdad» de una comunidad política, que entre los extraños se formuló como una auténtica «leyenda negra». Pudo suceder el que los enemigos seculares pusieron en marcha sus estrategias de vaciamiento simbólico, tendentes a reducir y anonadar el conjunto de valores hiperbólicos hispanos (su «monumentalización») a lo que era su cruda realidad material. Se hicieron precisos entonces, para contrarrestarla, textos como el de Francisco Quevedo, la *España defendida*. Pero esa tal «defensa» no parece haber surtido efecto alguno, sino el de impulsar el deseo, incluso ya en nuestros propios tiempos, de aniquilar de una vez, en su crédito mismo, aquel artefacto político-teológico de tan menospreciado nombre y recuerdo. En todo caso, *Locuras de Europa* (Saavedra Fajardo) era y es el no-reconocimiento de lo que Europa

debe a la Casa Austria –en su rama estrictamente hispana–, ejecutora de un proyecto por vez primera universalizador.

En consecuencia, me he esforzado por desvelar aquí esa trama de acontecimientos, las razones materiales de un fracaso final, pero también (y esto sobre



todo) la tensión que en el terreno de lo imaginario se fue acumulando para que aquel pudiera ser contestado, incluso con armas de naturaleza mito-poética.

Entiendo aquí lo simbólico como el resultado desplazado y distorsionado de lo real, que es el principio estructurador de aquellos desplazamientos. Ambos comparecen unidos en la medida en que esto es posible. Y es que lo cultural, ha escrito Slavoj Žižek, «no es solamente un fenómeno secundario respecto a lo real; no es un territorio en sombras que deben ser descifradas para aprehender algo de lo real, sino que es aquello solo con lo que contamos».

En todo caso, ante este caso, y en muchos momentos de la redacción de este libro, que por lo demás desea situarse en el cruce de caminos entre lo emocional y lo objetivo –esperando escapar de lo que Américo Castro definía como «apropiación indebida de un pasado ilusorio»–, he recordado lo que dice el historiador Mazzarino (no confundir con el Cardenal), en su obra dedicada a otro «fin de mundo», el antiguo-clásico: que no se puede asistir a tales ocasos de una civilización sin temblar.

Quizá, después de todo, ese «temblor» sea excesivo. Como excesivo resulta ser también aquel «disgusto» que la narración de tales históricas desgracias, como le habrían acaecido a la nación española, producía en el espíritu de un tardío historiador del siglo XIX, Rodríguez Villa. No se podrá decir de mi conceptualización aquello que Francisco Manuel de Melo diría que había pasado con su *Historia de la Guerra de Cataluña*: el que muchos la habrían reputado de

«triste». No. No es demasiado fácil el provocar estos efectos en la lectura actual de la decadencia imperial hispana. Un sentimiento más matizado se impone ante ello. Aquel acorde con el que experimentaba un casi contemporáneo nuestro, de nuevo Ortega y Gasset, cuando escribía en su *Historia como sistema*: «Digo que el fin de una civilización es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía». Dejémoslo en este (suave) afecto, la melancolía, que esta historia ha engendrado en quien escribe, y que acaso es la misma que pretende estimular en otras lecturas que se hagan, estas también sensibles y, desde luego, no enteramente dominadas por el espíritu de la especialización objetiva. El imperio español (mejor: el «sistema español»), llegó en buena medida intacto a 1713: se trata, después de todo, de una hegemonía largamente mantenida que, por supuesto, no pudo convertirse en eterna. Eso es todo, dadas las condiciones lancinantes en que ese «declinar resistente» se produjo. Se puede, al final, hablar de una «derrota heroica», pues heroico resulta el mantenerse en pie cuando se está roto, quebrado y hasta hecho pedazos por dentro; como tantas veces lo estuvo el «Caballero de la Triste Figura».

La desintegración de la energía simbólica alcanzó de lleno el final de aquel momento histórico que, sin mucha precisión en ello, situamos entre 1580 y 1680 (y que incluso, como se verá aquí, va más allá). La «Leyenda Negra» es la formalización de esa develación funesta que producen los enemigos exteriores de la Monarquía, ante el «retablo de maravillas» levantado por los ingenios cortesanos hispanos. Entonces bien podemos considerar lo que sigue como una mirada dirigida al envés de aquel tapiz con el que hemos decidido comenzar, y que fue, como parte de un programa de representación mayestática, encargado por Isabel Clara Eugenia para celebrar la que alcanzó a ser (después de todo) *pírrica* victoria en Bredá. Tan exaltada en textos y por pinceles, como silenciada años después con su propia pérdida.

Este libro –tan misceláneo, tan cruzado de discursos de distinta proveniencia– tiene otras fuentes de inspiración, que ya no son las propias de la época. Esta vez han sido (no me importa confesarlo) las nostálgicas, las muy románticas visiones que de la guerra en general –y de la sostenida por España en Flandes, en particular– me ha transmitido un, a estos efectos de novedad y de razón histórica, denostado siglo XIX. En ello se encuentran las causas que verdaderamente me han empujado a la escritura. Le debo a Modesto Lafuente (que viajó con su «Fray Gerundio» a Bélgica y Holanda en 1861), a Martín de los Heros (visitador de los campos de batalla hispánicos en las «provincias del más allá», en su libro *Un español en Flandes*) e, incluso, al poeta Eduardo Marquina (cuyo recitado de *En Flandes se ha puesto el sol* me emocionó

en la adolescencia) el impulso necesario para abordar este asunto. Conmovedor me resultó también aquel dramón que se llamó *El caballero de las espuelas de oro* de Casona (Alejandro), sobre un Francisco de Quevedo, siempre consciente de la rota de las cosas de Flandes. Pues ya dijo George Kubler, el teórico del arte, que estudiar o incidir sobre el pasado es como recibir la luz postrera de una estrella muerta. Lo que aproxima y une la escasa falange de los historiadores a la, aún más pequeña, de los astrónomos. La melancolía, quiero decir, está con ello asegurada. Incluso, a veces pienso en aquellos territorios regados de sangre, en cuanto todavía cruzados por la aparición espectral de la «estantigua». Esta quimérica formación puede percibirse y hacerse fantasmalmente presente en los lugares sobredeterminados por la historia militar española, según ya consagró Hurtado de Mendoza, en aquella, casi primera, ocasión referida a los escenarios de las batallas de las Guerras de Granada:

Hoy día se ven impresas señales de despojos, de armas y caballos; y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español a semejantes apariencias o fantasmas, que el vaho de la tierra cuando el sol sale o se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas.

Otros agentes culturales y otras obras de muy distinta naturaleza han mediado para producir una escritura que tanta energía ha consumido en su tinta. Un *film* de 2011, que celebra toda Europa ahora mismo –como *La cruz y el molino*–, obra de Lech Majeswski, por su trazo grueso acerca de la dominación española de lo que era territorio de herencia borgoñona, al indignarme, me ha forzado también a escribir este libro, en algo compensatorio de prejuicios largamente asentados, incluso en quienes son ahora nuestros socios en el Mercado Común Europeo. Mientras, otras películas, como *La kermesse heroica* de Jacques Feyder, o la *Patrie*, el film de 1946 de Louis Daquin, han servido en cambio de un acicate que, al final, colabora a desdramatizar la propia entraña de lo que aquí, a continuación, se propone.

Y lo diré. No en menor medida, el libro debe su existencia misma a un hecho que pude presenciar, y del que de inmediato percibí su valor histórico y suerte de «justicia poética» que del signo de tal evento se podía deducir, contestando situaciones de mundo que se habrían podido producir 300 años antes, y de los que (casi) nadie ya guardaba memoria reivindicativa. Me refiero a la victoria sobre Holanda que la escuadra española logró en la Copa del Mundo de Fútbol en 2010. Aunque, para contrarrestar tanto brillo deportivo, algo después, en 2012, el comportamiento en el campo de esa misma selección fuera

leída en términos de la caída del Marte hispano, con esos tintes quijotescos que han sido señalados por los críticos. Lo cierto es que el caso anterior de la Copa del Mundo se revistió de otras (impensadas) resonancias. No soy, desde luego, el primero ni el único en darle trascendencia a tal hecho. El historiador del arte Anthony Bayle abre su obra *Velázquez and the surrender of Breda* aludiendo a este acontecimiento, sin duda alguna mayor en el contexto de la cultura de masas de hoy en día. Velázquez (el pintor) e Iñesta (el futbolista), este último a su modo, representan dos momentos de España, y un lazo fuerte les une al *agon* de unas armas y «armadas» hispanas en constante lucha con las Provincias Unidas (y con el mundo). Lo demuestra de modo fehaciente la «apropiación» que del cuadro del pintor sevillano realizó, en esa misma oportunidad deportiva, como campaña publicitaria, la empresa petrolera española *Campsa*. Vestidos con la camiseta de la selección nacional, los españoles vencieron de nuevo a los holandeses haciendo ondear las banderas de «la roja», mientras que en el fondo del afiche publicitario, el cual reproducía esta visión «apropiada» de «Las lanzas», se lee el siguiente lema: «El mundo vuelve a ser nuestro. Enhorabuena campeones».

Estos precedentes animaron a los intelectuales y escritores a dar nuevas versiones del asunto, y es cosa esta que he seguido, entre divertido y sorprendido, al ver que ciertas cuestiones antaño ciertamente dramáticas vuelven entre nosotros en la forma ahora de una irrisión, de una parodia, de un entretenimiento inocente. Así pues también mi colega Germán Gullón ha retornado al asunto, percibiendo en él una suerte de manifestación del *continuum* histórico, y ha llegado a imaginar una última torsión de las cosas de Flandes cuando ha propuesto en su novela, *La codicia de Guillermo de Orange*, que un grupo de seguidores de la selección holandesa de fútbol, molestos por su derrota en aquella Copa, emprenden una serie de acciones mafiosas tendentes de nuevo a desacreditar España y a intrigar desde los centros financieros para hundir de

una vez su economía. Cosa esta última que, a la altura del 2017 (cuando escribo estas líneas), no parece enteramente asunto de ficción. A todo ello se adelantó, como siempre suele hacerlo, la intuición de Fernández-Armesto, que antes de que acaeciera el lance futbolístico ya lo conectó con las «Lanzas» velazqueñas en un soberbio artículo suyo aparecido en *The Independent* –«Two Nations, One World. Cup Final, and 440 Years of Hurt»–. Como he adelantado más arriba, sobre la volubilidad propia del «planeta del fútbol», las apreciaciones de este historiador acerca del acontecimiento del 2010 fueron seguidas también del buen texto de un ex amigo y alumno mío, Germán Labrador, que sitúa en un mismo nivel los destinos de la selección nacional de fútbol con la propia experiencia de la derrota barroca hispana; de todo lo cual hubo alguna prueba, esta vez en otro campeonato, el del año 2012 –«Quimera esférica. La experiencia estética de la crisis española y su simbolización quijotista en la Eurocopa de 2012»–. Y puestos ya en situación, lo cierto es que he tarareado muchas veces la irónica letra de los Nikis, *El Imperio contraataca*, que parte de la victoria de la selección española, esta vez de baloncesto, que se logró en los Juegos Olímpicos de los Ángeles, en 1984. Aquella letra no me resisto a situarla aquí, en el inicio de una obra sobre el drama (militar) del imperio español:

Hace mucho tiempo que se acabó
pero es que hay cosas que nunca se olvidan
por mucho tiempo que pase.
1582, el sol no se ponía en nuestro Imperio
me gusta mucho esta frase.
Con los Austrias y con los Borbones
perdimos nuestras posesiones.
Esto tiene que cambiar,
nuestros nietos se merecen
que la historia se repita varias veces.
Mira cómo gana la selección
...
Seremos de nuevo un Imperio.

Una última motivación, al final de todas, para emprender esta empresa ha sido la cercanía vital, la presencia casi diaria que en mi vida cotidiana tiene el convento dominico de San Esteban de Salamanca, a cuya vista, de un modo u otro, casi siempre me hallo. En su interior, una potente situación se produce: la de la cercanía de los sepulcros de los grandes teólogos españoles y la del mausoleo (ahora vacío) del tan grande cuanto denostado mismísimo III Duque de Alba. He aquí una precisa alegoría. Algo que, pienso, sintetiza el sentido de este libro que vacilantemente trata de dar cuenta de la superestructura cultural de lo que fue y vino a significar el «primer estado teológico-militar de la Edad Moderna».

En efecto, por un momento en el tiempo, descansaron, en ese *locus* singular de la antigua patria, los huesos mezclados de los teopolíticos con los de los violentos capitanes que actuaron en Flandes, y llevaron a aquellas tierras «frías y destempladas», como también lo hicieron a otros polos más distantes, y hasta antípodas, su muy particular

GUERRA (a la) ESPAÑOLA

